

Capítulo 29 - Espíritus Afines

- Guía Práctica de Hechicería

[Libros 1-4, Estubando el 3 de julio]

Sebastián

Mes 11, Día 27, Viernes, 17:30

El tiempo libre de Sebastián en los días siguientes estuvo dedicado a estudio y práctica con intensidad. Sentía que avanzaba con buen ritmo en sus conocimientos escolares, pero no lograba encontrar una solución a sus problemas para dormir. O, dicho de otra forma, a sus problemas de tiempo y energía. Los libros explicaban que la Voluntad podía entrenarse mediante la práctica, al igual que cualquier otro músculo, volviéndose así más resistente a la fatiga. Mostraban conjuros destinados a favorecer un sueño profundo y reparador, pero ninguno de ellos lograba que pudiera dormir toda la noche sin pesadillas, al menos no con la potencia que ella podía usar.

Existían conjuros que podían obligar a alguien a mantenerse despierto, pero el único que perduraba más de unas horas sin que la deuda de sueño tuviera que ser recuperada posteriormente era una maldición. Esta impedía dormir al afectado, y durante los primeros días parecía no tener efectos secundarios. Sin embargo, a medida que ese estado de vigilia continuaba, provocaba alucinaciones, paranoia extrema y, eventualmente, la muerte. Aunque ella estuviera dispuesta a intentarlo, solo conocía la descripción general del conjuro. Aparentemente, la Universidad no quería que sus estudiantes inicios en el semestre tuvieran acceso a maldiciones que pudieran ser letales.

Había también conjuros que fomentaban la vigilia de forma más suave, pero no evitaban el fatiga causada por el esfuerzo de la Voluntad y solo generaban deudas de energía y agotamiento cuando su efecto desaparecía. Mejor sería que siguiera añadiendo magia de vigilia a un café de alta calidad.

Con tantas otras tareas por realizar y sin avances en la ampliación de los recursos que podía dedicar a todo, apenas lograba avanzar en entender qué hechizo podría estar cifrando el texto robado del que provenía su amuleto. Había tantas cosas que deseaba hacer fuera de sus estudios, pero simplemente no podía. Sentía que su mente y su cuerpo empezaban a desgastarse, y su

frustración crecía hasta el punto de perder la paciencia con sus compañeros cuando la interrumpían en su estudio.

Cuando un grupo de estudiantes particularmente ruidosos se acercó, con pasos pesados, a la sección de la biblioteca donde ella intentaba terminar un ensayo para una de sus clases —lo suficientemente rápido para que aún pudiera realizar sus ejercicios Prácticos de Lanzamiento y leer un libro asignado en otra materia— sentida una pequeña corriente de ira eléctrica tensando los músculos de su espalda y hombros.

La biblioteca era un lugar de silencio y estudio. Solo porque no estuviera encerrada en una de las salas reservadas, no significaba que mereciera ser sometida a sus distracciones ensordecedoras. '¿No tendrán tareas que hacer ellos también?'

Se asentaron cerca y, poco después, estallaron en risas. Uno de los chicos sacó una pluma de color rosa chillón, de pelaje esponjoso, que flotaba en el aire bajo su control, y atacó a una chica.

Ella gritó, tratando de escapar de la cosquilleante sensación provocada por el ardid mágico, corriendo en círculos alrededor de la mesa, chillando y riendo sin control.

El ojo de Sebastián se estremeció.

Uno de los otros chicos se acercó galantemente para protegerla, pero acabó siendo "débil frente al daño por cosquillas". La situación solo se intensificó, con ánimo y bromas mezcladas en las carcajadas.

Cuando la chica pasó corriendo junto a Sebastián para esconderse detrás de su silla, usando su cuerpo como escudo contra la pluma que seguía flotando, Sebastián perdió la paciencia.

Se levantó de un salto, estampando las manos con fuerza sobre la mesa hasta hacer que su contenido salpicara.

El grupo quedó quieto y en silencio, girándose hacia ella. La pluma, suspendida en el aire, se quedó en su sitio un instante, para luego hundirse en el suelo como un perro que intenta escapar de la atención de su amo tras haber hecho algo indebido.

La puerta de una de las salas reservadas cercanas se abrió lentamente. Su enlace estudiantil, Newton, permaneció en el umbral, haciendo ademán de despedir al muchacho que había estado tutorando, con un ojo atento a Sebastien.

Pero era demasiado tarde para que Sebastien terminara de contenerse; la ira ya chisporroteaba en sus palabras cortantes. Una vez que se dejaba llevar, jamás lograba dominarse.

—Cállate— gruñó, girándose hacia el grupo, apresurándose a empaquetar sus cosas con un movimiento vehemente, cada gesto acentuando con agudeza sus palabras. —No tengo energías para soportar, hoy, a esas pulpas insulsas y demente que se atreven a olfatear mis narices. ¿No ven que la gente intenta pensar en serio a su alrededor? Quizá ustedes no logren tener pensamientos propios, pero les aseguro que el resto de nosotros agradeceríamos que dejaran de

reducir la inteligencia del aula con su presencia ensordecedora—. Empujando el último libro en su bolso, les lanzó una mirada desafiante, colgando la bolsa sobre el hombro, y se alejó entre un silencio que parecía retumbar en los muros.

Jamás había salido de la biblioteca con esa premura y eligió la dirección menos concurrida, que la llevó por la cafetería, los dormitorios y hacia el lado este del campo, aquel que no había explorado desde la orientación.

Pateó con fuerza sobre el sendero de piedra que serpenteaba entre los árboles, pasando por la Torre Alta del Archimago, las casas de algunos profesores hasta que el bosque cultivado y las praderas desaparecieron, dejando al descubierto los acantilados blancos.

Sus pasos se hicieron más lentos. Se detuvo para contemplar el horizonte en el borde este de los acantilados. Abajo, el Golfo de Charybdis se agitaba, atravesando el este de Gilbratha de norte a sur, separando a las Familias Margarita y La Corona, que habitaban esa zona, del resto de la ciudad.

Sebastien se estrechó en los brazos para protegerse del viento fuerte mientras miraba las olas grises y agitadas abajo. Había algunos pequeños barcos aventurándose en esas aguas al sur, enfrentando a las bestias marinas mágicas y a otras criaturas peligrosas, aunque menos impresionantes, que habitaban los mares.

Unas pocas luces lograron atravesar las densas nubes que cubrían el cielo, refractándose en la bruma que flotaba en el aire y reflejándose en el agua, la cual brillaba con un tono verde esmeralda. La vista, tan alejada de sus propias luchas, lograba tranquilizarla.

Sebastien permaneció allí durante solo unos minutos cuando pasos se acercaron desde atrás.

Newton, con las manos en los bolsillos y el cuello cubierto por una gruesa bufanda, se acercó a su lado con un simple gesto de saludo.

‘¿Me castigarán por lo que dije?’, se preguntó. ‘¿Debería pedir perdón primero? Quizá eso reduzca mi condena.’ La idea le resultó desagradable, y prefirió que el silencio se extendiera entre ambos.

—No eres como la mayoría de los estudiantes aquí— dijo Newton finalmente.

Eso no fue lo que esperaba, y levantó las cejas, girándose hacia él.

Newton continuó mirando hacia el agua. —Los demás, esos chicos ricos con el respaldo de sus familias... para ellos, este lugar no tiene nada de especial. Estudiar en la Universidad es su derecho de nacimiento, la magia, algo trivial. No se preocupan por aprender todo lo posible o por actuar lo bastante bien para conseguir y mantener una buena pasantía. No buscan destacar, ni desean quedarse en la Universidad como asistentes, apenas terminados los primeros tres trimestres, solo para tener suficiente dinero para pagar sus clases. Una vez que se marchan, la mayoría solo utilizará lo que aprendieron si así lo desean. Si no, siempre está el Consejo de Edictos o un puesto asesor en alguna de las empresas que sus familias poseen. Incluso pueden retirarse a sus tierras en las afueras de Gilbratha—la realidad para ellos difiere mucho de la que vivimos nosotros—,

explicó Newton.

—¿Y qué nos significa a nosotros?—

—Oportunidad. Esa que solo se presenta una vez en la vida y que vale tanto que estarías dispuesto a sacrificar casi cualquier cosa por ella—.

Sebastien sintió que se le pálida el rostro, pero intentó mantener una expresión neutral. —¿Está insinuando que sabe cómo llegué aquí?—.

Newton asintió con la cabeza. —Lo he notado, Sebastien. Después de todo, uno reconoce a otro—.

—¿Qué?— pensó ella. En voz alta, preguntó: —¿Qué?—.

—Noté la expresión de asombro en tu rostro cuando recorríamos el lugar durante la Orientación. Estás vestida con la misma elegancia que ellos, te comportas como si pertenecieras más que ellos, y nadie puede negar que tienes la inteligencia para estar aquí—. Newton levantó las manos. —Ni siquiera lograste que Thaddeus Lacer te reconociera—. Sacudió la cabeza después. —Pero la verdad me resulta obvia. Somos iguales. Dudo que hayas tenido alguna vez la elegancia que ahora usas desde antes de venir a la Universidad. No habrás viajado a Paneth cada otoño y recibido un pequeño grifo por tu décimo cumpleaños. No tendrás artefactos mágicos en cada habitación y sirvientes que se encarguen de lo que la magia no pueda—.

Sebastien cuidadosamente evitó dejar que su mano se acercara a su Conducto mientras él hablaba. No quería empeorar la situación reaccionando excesivamente. —Ser pobre no es un crimen. Incluso mentir sobre tu pasado no lo es. Mientras no sepa sobre Siobhan, todo se puede salvar—.

—Yo también tuve esa misma mirada de asombro cuando llegué a la Universidad. Esa que los ricos no tienen porque están ciegos ante la maravilla, amargados por la opulencia y las oportunidades en las que crecieron. Por eso entiendo lo frustrante que puede ser—. —Ahorrar cada cobre, estudiar hasta soñar con escribir ensayos y practicar hechizos mientras duermes, y ver a las personas a tu alrededor que tienen la vida mucho más fácil—.

Se apretó los dientes y luego sacudió la cabeza, como si quisiera sacudir otra cosa. —Bueno, solo tienes que aprender a soltarlo. Tengo un truco para eso. Mi abuela me enseñó cuando era niña. Ella me ayudaba a calmarme cuando entraba en pánico durante una tormenta, pero también funciona para la ira. Es un hechizo esotérico, el primero que hice en mi vida, y uno de los pocos verdaderos que poseía mi familia—.

Lentamente, asegurándose de que Sebastien estuviera observando, llevó sus dedos medios a tocar sus pulgares, formando un círculo con sus manos. Su Conducto se alojaba en un simple anillo de metal, y con él orientado hacia su palma, no tuvo que sujetarlo con torpeza. Presionó el círculo contra su diafragma y dejó escapar un profundo zumbido, un “Om” extendido hasta que las vibraciones parecieron entrelazarse, enriqueciendo el tono.

Sebastien parpadeó, absorbiendo la melodía mientras se preguntaba qué demonios estaba ocurriendo. Enseñar un hechizo familiar a un forastero era siempre algo importante.

La tensión, que ni siquiera había notado que apretaba los músculos alrededor de los ojos y hombros de Newton, se disipó. Tras repetir el zumbido varias veces con profundas respiraciones, bajó las manos y le explicó el hechizo, añadiendo luego: —Ser un plebeyo no es motivo de vergüenza, Sebastien—.

Sebastien abrió la boca, sin estar segura de qué iba a decir, pero Newton le hizo gestos para que se callara.

—No te preocupes, no es algo que se note fácilmente. Y quizás los Silverling no sean técnicamente plebeyos, pero, ¿qué importa el nombre si no puedes respaldarlo con dinero? No voy a revelar tu secreto. Lo que quiero decir es que mereces estar aquí tanto como cualquiera de ellos. Incluso más. No permitas que te empujen hasta causarte problemas a ti misma. Los taumaturgos necesitan mantener su orgullo, pero también deben saber cuándo mantenerse calmos. Haré lo posible por apoyarte, pero si todo se vuelve demasiado para ti, tranquilízate—.

—Somos iguales. Comunes intentando encajar en la Universidad —dijo lentamente, asegurándose de entender.

Se rió con dureza. —Bueno, para mí es un poco más evidente que para ti —señaló su vestimenta—. No he tenido ropa nueva desde el primer semestre, y paso cada hora libre en asuntos de enlace estudiantil o dando clases a personas demasiado tontas o perezosas para aprender por sí mismas, solo tratando de ganar suficiente oro para pagar mi próximo semestre. Utilizo mis puntos de contribución para pagar las clases, y la única razón por la que no sigo en los dormitorios con el resto es porque el trabajo de enlace estudiantil me da una habitación aparte.

Sebastien reflexionó sobre la respuesta adecuada a esto, todavía sacudida por el cambio rápido en sus emociones y la alivio que ahora la llenaba. —Gracias —dijo finalmente—. Por el hechizo... y por el consejo.

Newton le dio una palmada en el hombro. —No hay de qué, amigo. Bueno, quizás algún día, cuando hayas logrado algo por ti mismo, me recuerdes. Mi certificación como aprendiz se basará en pura habilidad y determinación, y no soy exigente con mi campo de trabajo.

—¿Quieres... trabajar para mí después de graduarte? —sentía que Newton seguía lanzándole golpes de conversación que no esperaba.

—Siempre que el trabajo pague al menos el salario de mercado para un aprendiz. Sería mejor que trabajar para alguna de las Coronas, o para algún rico Maestro que me hace hacer todo el trabajo y se queda con el crédito —rió Newton—. Claro, si planeas ingresar al ejército, debo advertirte que solo estoy interesado en trabajos administrativos.

Sebastien asintió con rigidez. —Lo tendré en cuenta —dijo. Al menos entendía sus motivos para enseñarle el hechizo. 'Un soborno disfrazado de amistad. Está intentando hacer "conexiones". Qué lástima que no sepa que Sebastien Silverling en realidad no existe.'

Newton metió las manos en los bolsillos y silbó mientras giraban y regresaban a la Universidad.

—Lamento algunas de las cosas que les he dicho —ofreció.

Él asintió lentamente, aún en silencio, mientras seguía silbando suavemente.

—Se me ocurrieron mejores insultos mientras caminaba alejándome —explicó.

Su cabeza se detuvo en medio del movimiento y la sencilla melodía se apagó en sus labios. Tras un momento de sorpresa, estalló en risa.

Esa noche, Sebastien probó el hechizo que Newton le había enseñado. Calmó de manera enérgica su pulso para que coincidiera con su respiración y relajó los músculos que no había notado tensos. Cuanto más prolongaba los profundos susurros, más lejos se desplazaba su cuerpo hacia un estado de calma, como estirar un resorte.

Comenzó a volver en sí justo cuando el sonido cesó; la relajación era artificial, basada en la fuerza más que en la pausa de los desencadenantes que habían provocado la reacción negativa —pero, a medida que mantenía el hechizo con respiración tras respiración—, su cuerpo se asentaba en el nuevo estado. No se sentía exactamente relajada, pero sí calma, en control. Como si el estado en su mente al lanzar magia se hubiera extendido por todo su cuerpo. No le desagradaba, pero se preguntaba cuánto lo usaría. '¿Recordaría detenerse y lanzar el hechizo en el calor del momento? Y si lo hiciera, ¿sería suficiente el control sobre mi cuerpo para sobrepasar mi ira?'

Si era honesta consigo misma, disfrutaba de la ocasional reprimenda verbal para quienes la merecían. Si no hubiera consecuencias, nunca lo lamentaría. 'Quizás podría ser útil para volver a dormir cuando despierto demasiado temprano', pensó, mientras se sumergía en el sueño.

En medio de la noche, ella despertó de pronto, sin comprender de inmediato qué había sido lo que la había despertado. No estaba soñando.

Su muñeca dolía, como si hubiera caído una gota de cera caliente o una brasa aún ardiente sobre ella. Con los dedos soñolientos, inspeccionó el dolor y, de inmediato, detectó la fría gota de metal presionada contra su piel.

"Dryden ha activado la alarma en mi pulsera."

Su corazón pareció detenerse por un instante, y luego golpeó con fuerza en su pecho, impulsado por una oleada de adrenalina ardiente. "He sido descubierta."